

LA ASCENSIÓN DE DIOS, EXALTACIÓN DEL HOMBRE

Alguna vez has intentado mirar directamente al sol? El brillo de ese astro de luz creada es tan deslumbrante que nos podemos quedar ciegos si no evitamos mirarlo fijamente. ¿Qué podemos entonces decir del radiante esplendor del misterio de la resurrección de Cristo? Seguramente esa brillantez increada está más allá del alcance de los ojos de nuestras almas. Sin embargo, el salmista canta: «*En tu luz veremos la luz.*» (Salmo 35:9, LXX).

Un prisma! Si quieres experimentar el brillo de la luz natural pura sin tener que entrecerrar tus ojos ante su fuerza, refracta esa luz a través de un prisma y mira los colores del arcoíris! Ésta es la misma manera en la que la Iglesia toma el resplandor del Cristo resucitado y lo refracta a través del prisma de la vida litúrgica.

He aquí el misterio del Cristo resucitado ahora accesible al alma del hombre. Podemos contemplarlo como liberador del alma Adán y Eva de Seol, y ver cómo asciende hacia el Padre y envía el Espíritu Santo.

Al hacer esto, la Iglesia sigue el ejemplo de los Evangelios comparando los cuatro relatos del fin del tiempo en el que el Maestro estuvo entre nosotros en la carne. Nota como en el relato de San Lucas, capítulo 24 todo el misterio se presenta como una exclamación continua, sin pausa: la tumba vacía, el anuncio de los ángeles, la cena con los peregrinos a Emaús, la aparición a los Apóstoles, la promesa del Espíritu y la Ascensión.

Léelo atentamente y mira si no te da la impresión de que todos estos eventos se vivieron como si fueran uno solo, en rápida y vertiginosa sucesión. Después de todo fue la

Eternidad la que rompía la barrera que la separa del mundo temporal. Incluso más adelante el mismo San Lucas — en *Hechos de los Apóstoles* — dice que los otros evangelistas vieron el Misterio a través del prisma; que es lo mismo que la Iglesia adoptaría más tarde para el ciclo festivo: primero Pascha (la Resurrección), luego la Ascensión y finalmente Pentecostés.—

SOMOS RESTAURADOS POR DIOS

En la Celebración de la Ascensión, San Juan Crisóstomo pregunta: «¿Qué es lo que conmemoramos este día?» El patriarca de Constantinopla, "boca de oro," responde a su pregunta: «Hoy toda la humanidad ha sido restaurada por Dios».

Al principio, cuando Dios creó a la humanidad «a Su imagen y semejanza», plantó en nuestro corazón una sed que sólo puede ser saciada por Dios mismo. Como dijo san Agustín: «Nos has hecho, Señor, para Ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en Ti». Aunque la caída socavó este apetito por la Divinidad, no lo destruyó por completo.

El Hijo de Dios se vació de Su santidad para que Su pobreza pudiera enriquecer nuestra humanidad con la Divinidad. Él asumió una naturaleza humana y la unió a Su Persona Divina. Su Resurrección destruye la mortalidad humana y la Ascensión le devuelve al Padre, en Su propia Persona, Su naturaleza humana — y la nuestra. Escuchemos de nuevo a Crisóstomo:

«Nosotros, que éramos indignos de dignidad terrenal, ascendemos ahora a un reino celestial, y entramos en el cielo, y tomamos nuestro lugar en un trono real. Esta naturaleza nuestra, a causa de la cual los Querubines cus-

todiaban las puertas del Paraíso, este día se encuentra por encima de los Querubines... Este día ven nuestra naturaleza en el trono real, brillando en belleza y gloria inmortales».

«Polvo en polvo» — este era el destino que debió haber sido. Sin embargo, si aceptamos seguir a Cristo, descubrimos que nuestro viaje no termina en tierra en la tierra, sino como algo divino en el cielo.

CUARENTA DÍAS DE PREPARACIÓN

Cuando los evangelistas hablan de los cuarenta días que separan, o más bien unen, la Pascua y la Ascensión, nosotros debemos reflexionar sobre el carácter místico del número cuarenta. En las Escrituras, cuarenta generalmente implica un período de transición: los cuarenta años errantes en el desierto antes de que el antiguo Israel pudiera entrar a la Tierra Prometida; el ayuno de cuarenta días durante el cual Nuestro Señor se preparó para Su ministerio terrenal; las cuarenta horas que Nuestro Señor pasó en la tumba destruyendo la muerte con su propia muerte.

Los eruditos nos dicen que en la antigüedad se veneraba este número porque era el producto de los cuatro puntos cardinales de la brújula (o, de los cuatro elementos o, de las cuatro estaciones). Y, que el número «perfecto» era el 10 — el número que apunta al infinito.

Los cuarenta días de la resurrección que Cristo vivió, son una invitación para en Pascha, nosotros los fieles que «*hemos sido bautizados en Cristo*», nos «*revistamos de Cristo*» (Gálatas 3:27). La Ascensión revela el destino de la humanidad: estar íntimamente unidos a Dios. Lo que la serpiente había sugerido astutamente en el Edén, «Seréis dioses», ahora se

convierte en realidad. Como San Pedro proclama en su segunda epístola:

«Mediante ellas nos han sido dadas preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas ustedes sean hechos participantes de la naturaleza divina después de haber huido de la corrupción que hay en el mundo debido a las bajas pasiones.» (2 Pedro 1:4)

(2 Pedro 1:4)

Durante los cuarenta días de Cuaresma tratamos de hacer el bien, gracias al arrepentimiento, que es de donde emerge. Así, durante los cuarenta días de Pascha nos regodeamos en nuestra nueva vida, teniendo en claro que nuestra vida es Suya. *«Ahora vivo — no yo, sino que Cristo vive en mí!»* (Gálatas 2:20). Esta es la alegría del festejo de la Ascensión. Es celebración de la humanidad al lograr cumplir su destino gracias al amor compasivo de Cristo.

Escucha el Misterio glorificado en este estijarion festivo de Vísperas:

En Adán la naturaleza humana
cayó a las profundidades de la tierra, O
Señor.
En ti mismo lo has restaurado.
Hoy la has elevado por encima de
los poderes y principados del cielo.
Le amaste le concediste un trono
contigo.
Le Tuviste compasión y le con-
cediste una participación en Tu propio
destino.

REVELADO POR LA NUBE

La celebración de la Ascensión no es, por tanto, la fiesta de despedida del Señor. ¿Cómo podríamos regocijarnos si quedáramos huérfanos, privados de la comunión de Cristo? Es la celebración de la presencia del Señor! Porque, aún y cuando subió con todo y Su cuerpo, Su presencia es revelada por la nube, no ocultada.

En el Éxodo, el Espíritu Santo guió al primer Pueblo Elegido en su peregrinación, haciéndose presente de día en la columna de nubes y de noche en la columna de fuego. La nube de la Ascensión presagia las candentes lenguas del Pentecostés y, la nube y el fuego son signos de la presencia del Espíritu Santo de Cristo.

Antes de ascender al Padre, Jesús podía estar aquí o allá, en ese momento o más tarde; pero una vez ascendido, Él está presente en todas partes y siempre a través de Su Espíritu, de Su Iglesia, en ustedes y en mí. Realmente vemos en esta luz, la Luz.

LA ASCENSIÓN DE DIOS EXALTACIÓN DEL HOMBRE



OFICINA DE SERVICIOS EDUCATIVOS
EPARQUÍA MELQUITA DE NEWTON
<http://melkite.org/>

Publicado originalmente en *Revista Católica del Cercano Oriente*, Vol. 11, No. 2 (Verano, 1985). Reimpreso con permiso.

Iconografía © Petro Dzyubalcon
<http://www.iconsoglory.org/>